

María Teresa de Borbón Parma

LA PROFANACION RITUAL

PARA algunos pueblos habitantes de islas lejanas en el tiempo y en el espacio —según Cailloix, citado por Pucelle ("El Tiempo")—, el concepto de tiempo socializado se relaciona con un curioso concepto metafísico. El tiempo es una rueda, y mientras se mantiene rodando, todo va bien. Los acontecimientos humanos siguen su ritmo; las costumbres, también. Estamos en un "tiempo conservador" y los dioses están contentos.

Pero cuando ocurre algo inaudito, la muerte del jefe de la tribu, por ejemplo, la rueda se para... Se para el tiempo también.

Entonces, nos dice el autor, los indígenas se entregan desenfrenadamente a la transgresión de todos los tabúes en todos los conceptos religiosos y sociales. ¿Se trata de liberar pulsaciones largo tiempo reprimidas?

En absoluto. Se trata de un ritual. La rueda del tiempo está parada y no se puede poner en marcha otra vez. Le falta fuerza. Por tanto, hay que sacudir el orden cósmico, provocando la precipitación tumultuosa de fuerzas oscuras y misteriosas de la Naturaleza. Sólo ellas podrán poner en marcha otra vez la rueda del tiempo.

¿No suena esto a música conocida?

Para los pueblos aludidos no se trata, en absoluto, de entrar en "un tiempo nuevo". Tan sólo de poner en marcha otra vez la rueda famosa. O sea, que el ritual de "profanación" está perfectamente integrado en el calendario del tiempo conservador.

En el caso de nuestra peculiar isla, la puesta en marcha de la rueda no sería, ni mucho menos, referida a los avatares de la época franquista, sino a un continuismo más amplio, a un continuismo en el consumismo de modelos culturales y políticos, que es, como cualquier consumismo, y más que cualquier consumismo, una manera de inhibirse a la hora de construir su propio destino.

En realidad, el paso de la época de clandestinidad y lucha a la época democrática ha significado, a nivel subjetivo, una regresión del futuro al presente. Todos estábamos empeñados en la lucha por un futuro de algún modo mitificado, porque era para nosotros una referencia absoluta. Un futuro que se saliera de la represión en todos sus aspectos, del centralismo, del vacío cultural pomposo, etcétera. Todos esperábamos la democracia como lugar de convivencia, como

puerta abierta sobre otros horizontes: los particulares de cada uno, los horizontes ideológicos propios.

Además, este fenómeno de futurización se veía acentuado por el hecho de que los que más han protagonizado la lucha son los partidos con mayor incidencia popular, ya que la proyección utópica, el deseo de protagonizar lo desconocido es precisamente una característica popular.



María Teresa de Borbón, responsable del Gabinete ideológico del Partido Carlista.

La regresión hacia el presente, en este sentido, ha significado un cambio a nivel no sólo subjetivo, sino también sociológico.

Los partidos con mayor incidencia en clases medias o altas, con mayor protagonismo de lo que viene a llamarse "intelectuales" o profesionales intelectualizados, se mueven más a gusto en el presente. Su actitud mental les induce a considerar que hay que tratarlo en función de sus conocimientos, referidos a lo ya experimentado, lo ya probado. Se hallan investidos de la misión de confi-

gurar este presente dentro de "su" mundo, del mundo que conocen por su educación, sus viajes y, sobre todo, su cultura, en definitiva, del mundo que existe.

Si son de derechas, buscarán sus referencias en los regímenes conservadores. Si son de izquierdas, en los progresistas. Pero de todos modos, su argumentación responde a que sus propuestas son modelos existentes y, por tanto, susceptibles de existir aquí también.

De algún modo, y muchas veces sin quererlo, se conducen como los detentadores del "Secreto". Por otro lado, no se puede negar lo correcto, lo realista, ni aun lo necesario de su aseveración.

Pero la democracia se define en términos de ciencia política como un régimen de diálogo. Diálogo entre mayoría y minoría, entre ejecutivo y legislativo, etcétera. En los libros de texto no se suele citar el más importante quizá de todos estos diálogos: el diálogo entre los que están sumergidos culturalmente en las experiencias codificadas, que les dan poder sobre lo inmediatamente accesible, y los que viven de cara al futuro, cuyos conocimientos no están enmarcados en un haz de relaciones determinadas. Su actitud es anticipadora, su salida es la invención o la reinención de las formas.

Es un diálogo que pide ser consciente, al menos, de la presencia y realidad del otro, y pide también intersubjetividad y cooperación. El cambio cultural, que es anterior a todo cambio de estructura, lo tenemos que ver así.

Este encuentro sólo puede darse sobre la base de la total revitalización cultural, humanística y política de unos pueblos privados de todo alimento informativo, de toda suerte de participación desde muchos años... o muchos siglos. Y que, sin embargo, poseen una inmensa originalidad y capacidad inventiva.

La "profanación ritual" que encubre el volver a la larga noche de los sueños obsesivos, hay que sustituirla por la fiesta que sirva a los pueblos de España para desperezarse y salir al mundo de las realidades políticas, sociales, utópicas. Porque la utopía es una realidad en la medida en la que el hombre es creador de su historia, educador de sus circunstancias.

El intento vale la pena. En el más allá de lo establecido, algunos sólo buscan la reconducción, por rechazo, de la inmutable regulación del pasado y otros buscamos las semillas de lo posible. ■